

supremo interés tiene también la tragedia de Lucrecia, que ha penetrado como un tópico necesario en las lenguas latinas, como un ejemplo de fidelidad en los hogares, como un símbolo de las instituciones republicanas en el seno mismo de nuestra tormentosa política. Hé ahí, pues, determinada su indispensable importancia.

Pero continuemos la narración. Servio ganaba territorios y distribuía estas ganancias entre los plebeyos. Celso el patriciado, cuya importancia política residía en su riqueza material, conspiraba contra Servio. Tenía éste dos hijas y las casó con dos hijos del viejo Tarquino. La unión entre la familia de Servio y la familia de Tarquino, representaba la unión entre la plebe latina y la monarquía etrusca. Esta unión estrecha debía disgustar con gran disgusto á los patricios, quienes tan grandes propensiones por la República sentían, que durante aquel interregno entre Numa y Rómulo quisieron ser dirigidos, no por monarcas, por senadores, y formaron una república de oligarquía, sí, pero al fin y al cabo una república. El viejo Tarquino dejó dos hijos, y Servio tenía dos hijas, de las cuales era una muy arrogante, la llamada Tulia. Por contradicciones frecuentes en los matrimonios, ésta, la hija mala de Servio, Tulia, se había casado con el hijo bueno de Tarquino; y la hija buena de Servio se había casado con el hijo perverso, con Lucio. Pero bien pronto estalló la incompatibilidad completa de humores en el matrimonio, que Tulia resolvió envenenando á su propio marido y á la esposa de su cuñado, su propia hermana. Tras este doble fratricidio, la viuda Tulia Servia y el viudo Lucio Tarquino, quedaron en franca disposición para casarse. Viendo el pobre Rey cómo los etruscos, es decir, los infames Tarquinos, habían viciado se ciudad hasta corromperla con costumbres orientales, y cómo habían perdido á su propia familia manchándola para siempre con fratricidios imperdonables, pensó, como buen plebeyo, en abolir la monarquía y entregar el gobierno de aquella ciudad infeliz á la sabia y republicana institución del consulado. Muy alarmado Lucio Tarquino por el carácter republicano que á sus planes daba Servio y muy alarmados los patricios por el carácter plebeyo, aunque no pudieron sus almas, unieron sus rencores y derribaron á Servio. ¿Quién se puso á la cabeza de tal conjuración? Tulia. ¿Quién secundó á Tulia? El infame Tarquino. Tito Livio describe la triste ambición de éste con una frase magistral, diciendo que prefería obtener la dignidad de Rey á esperarla. *Se esse Prisci Tarquinii filium; qui habere, quam operare regnum mallet.* Una pasión tan desapoderada movida por una mujer tan perversa, necesariamente había de generar espantosa catástrofe. La tigre por el infeliz Rey Servio engendrada, no se detenía en sus desordenados apetitos ante consideraciones, ni humanas, ni naturales, ni divinas; el cetro pedía con toda voluntad, aun á precio de todos los crímenes. Tarquino y Tulia se unieron sobre los cadáveres todavía calientes de sus respectivos cónyuges. Servio cometió la debilidad imperdonable de no impedir aquel matrimonio repugnante y la pagó con su vida. En el hogar, en el tálamo, á la mesa, de día, de noche, Tulia no dejaba un punto á su esposo, impeliéndole, ora con reconven-

amargas, ora con burlas cruentísimas al doble crimen, perpetrado en la persona de su padre y de su Rey. Un ambicioso impulsado por mujer ambiciosa también, por la mujer á quien Dios creó para asrenar las pasiones y endulzar la vida, un ambicioso espoleado por tal excitación perenne, debía vivir en perpetua conjuración, ganarse los jóvenes con liberalidades, los viejos con honores, los humildes con promesas, llegando á una decisión irremediable. Así un día, cual si las curias, ó los comicios, ó las tribus, ó las gentes, ó cualquiera de los grandes organismos que revestía el estado entonces, lo hubiera designado para el cargo de Rey, se ciñe la diadema, empuña el cetro, toma la regia púrpura, y, alzándose airado en el trono defendido por la religión del derecho, se declara sin escrúpulo Rey de los romanos. Los primates, á quienes educara; los senadores todos, recién instituidos, por su padre; las gentes ganadas con dispendios; los corrompidos por sus dádivas, los alentados por sus promesas; los alectos á cambios; los duchos en conspiraciones; los débiles, temerosos de todos los fuertes; acuden al audaz, le prestan con sus complicidades y con sus bajezas de diversa índole, pero de igual maldad, el codiciado triunfo. Todo cuanto podía contribuir al inmediato logro de su terrible usurpación, todo lo empleó aquel monstruo del vicio manchado por la deshonra. Esclavo denominó á Servio en las innobles arengas con que movía los ánimos á la rebelión y cohonestaba su crimen, esclavo, hijo, y nieto de antiguos esclavos, usurpador, demagogo, autor del censo para señalar con él y su importe á la envidia del pobre la fortuna del rico; todas estas invectivas increíbles y soeces dirigió á quien debía profundo y religioso respeto. Mientras tales blasfemias profería, llega Servio y pregunta cómo ha podido en su increíble audacia, su yerno, su discípulo, su pupilo, su vasallo, levantarse al trono por él ocupado y convocar las curias por él dirigidas. Tras estas palabras la sedición comienza, con la sedición el combate cuerpo á cuerpo entre los allí presentes, y en el combate se perpetra el vil crimen, apenas creible, de Tarquino, quien, agarrando á su padre y monarca Servio por el cuerpo, lo estrella contra las gradas del Senado. En la corrupción traída por el despotismo etrusco á Roma, sabía lo que había de suceder: la Monarquía tocaba de derecho al más criminal por ser el más atrevido, y el más atrevido por ser el más afortunado y victorioso. Así el cadáver de Servio, del Rey y del ciudadano que defendiera la ciudad y la Monarquía, muerto por esta defensa en las gradas del Palatino, según unos y según otros en su propia vivienda, y á manos de su yerno, fué de un punto á otro arrastrado ante ofensas é insultos, y, por último, tendido y dejado sin sepultura y sin piedad en medio de las calles, á merced ¡horror! de los cuervos y de los perros.

Y todavía no se le colmaba la medida. Tulia, sentada en su carro, como una diosa de Asia, se dirigió al sitio donde su marido se hallaba en porfias con todo el mundo por la dominación, y, á pesar de las inmensas muchedumbres, á todos temibles, cuando están desencadenadas y mucho más á una débil mujer; á pesar del tumulto creciente y amenazador

en todas las diversas direcciones promovido; á pesar de las armas y de las iras que relampagueaban tormentas; en el colmo de su alegría, saludó á Tarquino con el nombre de Rey, gozándose con ser la primera en rendir tal homenaje y le impulsó á una pronta exaltación en el trono vacío. Temeroso Tarquino de que sus audacias pudieran atribuirse á sugestiones de la esposa, más que á movimientos de la voluntad, ordenóle severamente la inmediata partida de aquel sitio, y aún le señaló con ademán imperioso abierto el camino. Partiéndose llena de alegría, radiante con el fulgor que daban á sus ojos las ambiciones logradas, fuera de sí, como una demente, cuando, al llegar por la calle Cipria y á la puerta del templo de Diana, como el conductor torciese hacia la esquina Birbia, deseando abreviar el paso al Esquilino, detuvo los caballos; y, crispadas las manos, demudado el semblante, fuera casi de las órbitas los ojos, señaló un objeto, el cual aterraba, no sólo al cochero, á los mismos caballos, encabritados hasta el extremo quizá de huir y desbocarse. Alargó Tulia el pescuezo para mirar el obstáculo á su carrera, y el obstáculo fué nada menos que su propio padre, allí tendido, muerto, profanado. La infame no se conmovió á su vista, y con ademán sereno, voz altísima, tranquilo rostro, conminó al conductor de su carro para que continuase la carrera. Maquinalmente azotó éste los caballos, que, al súbito latigazo, echaron á correr, pasando cascos y ruedas sobre aquel inerme y desacatado cuerpo. La sangre, todavía caliente de Servio, manchó la vestidura de su hija, y sin quitarse las manchas, que, por no decir cosa ninguna en su corazón y en su conciencia, cubrieron de infamia eterna su nombre, llegó hasta el ara de los dioses penates, y ofrecióles con sus manos impuras domésticos sacrificios religiosos para que sostuviesen la maldad y prosperasen el crimen. No hubiese habido asomo de justicia en el cielo, no pavesa de conciencia en el hombre, si aquel acto de barbarie no trajera en su hora y sazón la correspondiente catástrofe.

Tarquino subió al trono. Su padre llevó el apellido de *Prisco*, que quiere decir viejo, antiguo, anterior; y llevó él, por su parte, otro apellido no menos correspondiente con su complexión y con su vida: el apellido terrible de *Soberbio*. Temiendo que su propia violencia enseñara violencias análogas á los demás, rodeóse de guardias destinados á mantener por la fuerza un derecho no reconocido ni por el Senado ni por el pueblo: que quien gana su poder por el crimen, lo conserva por el terror. Poco á poco aquella idea etrusca del poder y del gobierno al modo asiático, llegó á sus mayores desenvolvimientos en él, y prescindiendo por completo de curias, de centurias, de comicios, de legisladores de Senado, contrayendo la inmensa responsabilidad efectiva de alzarse con todos los poderes, gobernó bajo la inspiración de consejos ocultos, como los sápatras y los déspotas; declaró la guerra ó hizo la paz á su grado; requirió á los extraños para que le sirviesen ó auxiliasen contra los propios, castigando así al pueblo-rey con todos los excesos y todos los vejámenes de una tiranía insolente y audaz. El menosprecio á todas las reformas legales y á todos los cuerpos del Estado, le llevó hasta citar Asambleas y luego negarles su presencia. Si

algunen se desmandaba, y no podía matarlo de frente, lo manchaba con cualquier calumnia, hiriendo de un solo golpe á su víctima y á las leyes. No tuvo aptitudes verdaderas sino para los combates y conquistas, para todo aquello que pide instintos carniceros y se inspira en la musa del odio. Tras porfiadas guerras contra los volscos, conquistó á Pomecia, encontrando tan copioso botín, que vendido por cuarenta talentos de oro y plata, le permitió erigir templo vastísimo, consagrado, en el nombre de Júpiter, y, en realidad, á su propia soberbia. No se valía en estos oficios guerreros tan sólo de su fuerza; empleaba también su astucia. Metido en guerra con Gabia, como no lograrse vencerla y reducirla cual redujera y venciera tantas ciudades vecinas, diputó aquel hijo suyo, que había de perderle por sus desórdenes y por sus vicios, el hijo menor y más querido, Sexto, para que fingiese huir de su padre, quejarse de la paternal tiranía y, en su desesperación, acudir allí demandando el auxilio indispensable á derrocar tan parricida tirano. Creyeronle cándidamente aquellos ciudadanos, y confiaron la dirección del pueblo y del gobierno al fugitivo Sexto, quien principió por dirigirles con arte, y acabó por descabezarlos con crueldad, entregando luego aquel cuerpo sin cabeza en manos de su padre. Una madre como Tulia, un padre como Tarquino, sólo podían dar de sí el engendro de Sexto, destinado á corromper con sus vicios más y más á Roma, pero también á traer, en virtud y por obra de aquella terrible corrupción, el necesario castigo. Ocupado el déspota en acabar su templo á Júpiter Capitolino, templo destinado á la ostentación de su piedad y de su soberbia, no perdonó medio alguno conducente al apetecido logro de su objeto, deseando, como todos los déspotas, reinar en el otro mundo y engañar á la muerte. El oro del Estado y el esfuerzo del pueblo contribuían de consuno al esplendor del Monarca y al crecimiento del templo, á la manera y modo de las corveas impuestas á los esclavos del Asia; y el dinero de los tesoros sacros é imperiales sólo servía para palacios, como los construídos á las orillas del Tigris y para pirámides como las levantadas á las orillas del Nilo. La penuria del Tesoro se remediaba con tributos gravosísimos; y la impaciencia por el templo se satisfacía con esfuerzos múltiples. Ya tallaba graderías en los circos; ya en las entrañas del territorio romano abría las cloacas, aún hoy existentes, y cuyo grandor y cuya mole nos maravilla por el esfuerzo, y nos aterra por el coste cuantiosísimo de libertad, de sudor y de sangre. Los historiadores antiguos enlazan los hechos naturales de la Historia con los hechos sobrenaturales de la Religión. Según ellos, la Divinidad no interviene sólo en las cosas humanas por medio de las leyes; interviene también por medio de su voluntad individual, efectiva y patente. Así cuentan maravillas, milagros múltiples y varias señales del cielo que revelan relación misteriosa entre lo natural y lo sobrenatural, de cuya influencia no quieren ver prescindir en modo alguno á la Historia. Y refiere lo que vais á leer. Cierta día, de una columna salió espantable serpiente, la cual espantó en el regio palacio á todos los palaciegos. El hecho llegó á embargar la voluntad y conciencia de Tarquino

*el Soberbio*, no por lo que fuera en sí, por lo que presagiara y anunciara para lo futuro. Muy perito en adivinaciones etruscas, muy ligado con los agoreros de su raza y patria, no quiso consultarlos, prefiriendo el oráculo de los oráculos, el oráculo de Delfos. Así, mandó allí dos de sus hijos, y con dos de sus hijos un extraño, aunque no del todo á ellos, pues era su primo, el célebre y cuasi mudo Junio Bruto, quien sabedor de cómo las gastaba Tarquino y cuantos peligros corrían todos los privilegiados por algún dón excelso en aquella corte corrompida, fingióse imbecil y mudo, á fin de recabar á la indiferencia y al silencio una vida que acaso perdiera luciendo las altas dotes y las extraordinarias calidades recibidas en su voluntad y en su inteligencia, del cielo. Llevó su ficción y engaño tan lejos, que le denominaban Bruto como el apellido más correspondiente á su índole. Compañero de príncipes, una pregunta natural debía surgir en aquella compañía: ¿cuál de los tres, él ó los dos hijos del tirano, debían obtener tras Tarquino el gobierno de Roma? «El primero, dijo la pitonisa, que, llegado á la ciudad, bese á su madre». Llegado á Roma, Bruto besó la tierra y se cumplió así la predicción del oráculo.

Aquellas pervertidas costumbres del despotismo forzosamente debían chocar en Roma y con la gente romana. El carácter oriental dado por los Tarquinos á la institución monárquica repugnaba en el fondo al romano como esta institución misma. En la originalidad nativa de sus primeras leyes y de su rudimentaria sociedad, el orientalismo no tenía una gran cabida. Pero aún pudo permanecer y quedarse, de no haber intentado pasar, como levadura indispensable de la vida toda. En otras maneras de gobierno, la corrupción sobreviene, como sobrevienen las epidemias, por una especie de perversión espiritual y moral muy generalizada y muy parecida de suyo á la perversión atmosférica. En el despotismo, la perversión es como la consecuencia de todo el sistema, como un medio y como un fin, instrumento y objeto del Estado. Solamente seres muy débiles por su complexión íntima ó muy debilitados por el vicio se doblan fácilmente al yugo despótico. En los fuertes el despotismo suele cebarse para debilitarlos y en los debilitados ó débiles para impedir un mejoramiento de naturaleza que resultaría un regreso á la libertad. Como Tarquino *el Prisco*, engendrara su hijo que superó, Tarquino *el Soberbio*, engendró éste á su vez otro hijo que le superó también, Sexto Tarquino. Porque su padre mandaba en Roma, creíasele permitido todo tal atolondrado. Para él no había honor seguro. La mujeres ajenas, cuanto más recatadas de naturaleza y de costumbres, más tentaban sus apetitos, empeñados en hacer de Roma su oriental harén. Las tristes austeridades consiguientes á la vida en campaña y á los ejercicios militares, lejos de calmar los ardores de aquella encendida sangre suya, exacerbábanlos con terribles exacerbaciones. El caprichoso dado, el embriagador vino, el deleite sensual en todas sus formas ocupan su vida entera de soldado. La tienda que habita parece un garito, una taberna, un burdel. Como la mayoría de los malvados, descubre á la continua en todos los vicios mismos de que adolece y á todos imputa una vida

semejante á su vida. El ocio que le deja el placer lo emplea en la murmuración. Su lengua lleva el veneno de las víboras y asesina su venenosa palabra. A quien más persigue y se atreve hombre tan desalmado es á la mujer indefensa y ausente. Hijo de Rey, nieto de Rey, rico en bienes, como que añade á su riqueza propia la riqueza de todos; si corto en dádivas, largo en promesas; sugiriendo á una juventud pervertida, tanto por aquel régimen como por la gente criminal que lo personificaba y dirigía; sus vicios acababan con la flor de los romanos, pues pudrían esa raíz de la esperanza que se llama juventud. Desde su abuelo, Tarquino el viejo, pasó la gangrena corrosiva con facilidad á su padre, Tarquino *el Soberbio*, y desde su padre al cuerpo suyo en vicios y al espíritu en errores. Y como el agua estancada y podrida difunde las fiebres, el ejemplo suyo difundía males y errores. De su contagio estaban como enfermos todos los jóvenes romanos, y especialmente los jóvenes distinguidos. Si alguien se libertaba por un esfuerzo de voluntad, se le creía conspirador y se le designaba seguidamente al destierro y aun al patíbulo. El ejemplo de Bruto, fingiéndose imbecil para ocultarse dentro de su alma, pues no creía ningún otro seguro bastante sigiloso y fuerte, prueba cómo las almas allí se habían todas envilecido y doblegado al terrible opresor. Cuando, por engaño, entró en una ciudad enemiga, fingiéndose con arte pérfido á su terrible padre hostil, bastó que delante de un embajador suyo, recibido en el jardín de su palacio, tronchase Tarquino unas cuantas flores de adormideras, para que comprendiese cómo él debía corresponder al paternal aviso tronchando algunas cabezas de hombre. El vicio en su sangre podrida, el error en su conciencia obscura, el puñal en sus manos malvadas, el engaño y la traición en sus combates, el despotismo en su política: tales eran los medios de que Lucio se valía para prepararse primero él y preparar después á los demás en su proterva obra de corrupción y envilecimiento. Aquella corrupción sistemática hubiera concluido con Roma seguramente de no haberse Roma defendido por un milagroso esfuerzo. Los Tarquinos habían atentado á todo, y todo, á estos atentados, había caído. Ellos asesinaron la moral pública y los respetos monárquicos asesinando al Rey Servio Tulio. Ellos burlaron los comicios alzándose á Reyes usurpadores sin voto alguno y sin conocimiento y sanción de los poderes públicos. Ellos alteraron hasta el Senado, inmortal Asamblea en la que veían todos un sacerdocio de las viejas tradiciones romanas, una especie de colegio augural que guardaba las romanas leyes. A todo se atrevieron, pues, á todo, estos malvados. Pero había una institución intacta, no obstante sus errores y ejemplos perversos. Había una institución sacratísima, que conservaba incólume su grandeza moral y su influencia política. Esta institución era la familia. El terrible natural de Tarquino, el parricidio de Tulia por tantas maldades agravado, la conversación y la vida del monstruo por Julia y por Tarquino engendrado, la conversación y la vida perversísimas de Sexto, no habían, no, ya herido ni asombrado siquiera la familia, esta ciclópea base del poder y del Estado en Roma.